

CARTA A LAS IGLESIAS EVANGÉLICAS

por Emmanuel Buch

PRE - TEXTO

Seamos sinceros desde el principio: en el fondo escribo esta carta al modo de la correspondencia de algunos prohombres, que parece redactada pensando ya en las antologías póstumas que merecerá su persona. Dicho de otra manera, escribo mirando al tendido, con falso destinatario, porque en buena medida la carta se dirige a los no evangélicos, a los cristianos no evangélicos especialmente.

Es inevitable hacerlo así en España donde los evangélicos/protestantes siguen siendo una minoría cristiana desconocida pese a su centenaria presencia. Es cierto que en estos meses se firman Acuerdos con el Estado en base al notorio arraigo de las Iglesias evangélicas en el país, pero la mayoría de los ciudadanos, intelectuales católicos incluidos, siguen ignorantes de esa parte de nuestra historia. Quien esto escribe, apenas rebasada la treintena, y cuyos orígenes genealógicos apenas trascienden el ámbito de los países catalanes recuerda, no hace tanto, la irrupción violenta de personas en la Iglesia evangélica de su infancia durante las celebraciones religiosas, al grito de «¡Extranjeros, volvedos a vuestro país!»; o las curiosas afirmaciones de fe que despertaba el paso de mi familia, acompañadas de curiosas increpaciones.

Anécdotas al margen, es preciso recordar algunos datos del protestantismo español. Sin una referencia al pasado, aunque sea mínima, las palabras que podamos dirigir a los evangélicos en esta carta peculiar, resultarían ininteligibles a los demás lectores. Recordemos, pues:

La presencia protestante en España (española, por supuesto) fue muy vigorosa durante el siglo XVI. Valladolid o Sevilla conocieron amplios focos de protestantismo. Ya en 1520 el Obispo de Burgos advierte contra la difusión del luteranismo y en 1521 se persigue e incauta literatura protestante en Valencia, Aragón, Navarra y Guipúzcoa. En 1529 *Diego de Uceda* es condenado en un auto de fe a causa de sus opiniones luteranas. *Francisco de San Román*, originario de Burgos, fue el primer protestante ejecutado en la hoguera, en Valladolid, en 1542 o 1543. De la congregación de Valladolid eran también *Agustín de Cazaña*, capellán de la Corte, *Pedro de Cazaña*, contador real, o *fray Domingo de Rojas*.

En el grupo protestante sevillano destacan *Juan Pérez de Pineda*, predicador en Ginebra y responsable de una edición del Nuevo Testamento, *Juan Gil (Egidio)*,

canónigo magistral de la Catedral de Sevilla, *Constantino Ponce de la Fuente*, confesor del Emperador Carlos V, o los monjes del monasterio de S. Isidoro del Campo, con *Casiodoro de Reina* y *Cipriano de Valera* a la cabeza, responsables de la traducción y revisión respectivamente de la más bella versión de la Biblia en nuestra lengua, conocida como la *Biblia del Oso*. A los ya citados habría que sumar otros nombres destacados: *Juan de Valdés*, los burgaleses *Francisco* y *Jaime de Encinas*, el primero de los cuales vivió en casa del alemán Melanchthon, *Juan Pérez de Pineda*, predicador en Ginebra y traductor al castellano de las obras de Calvino, ...

Acerca del celo de la Inquisición, los autos de fe, hogueras, destierros, etc. no nos extenderemos en el relato. Baste decir que entre sus efectos, claro está, hay que apuntar el desmantelamiento del protestantismo. Tendrá que llegar el siglo XIX para que se produzca en España la llamada *Segunda Reforma*. Hasta entonces, habrá algunos protestantes en el país pero no protestantismo organizado.

Todavía la Constitución de 1812 declara en su artículo 12: «La religión de la nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica y romana, única verdadera. La nación la protege por las leyes sabias y justas y prohíbe el ejercicio de cualquier otra.» Sin embargo, los avatares políticos, con su resultado de cierta tolerancia en algunos momentos, permitirán el afianzamiento del protestantismo español y un desarrollo generalizado, sobre todo en la franja mediterránea, que llega hasta nuestros días. La vitalidad de los evangélicos españoles les lleva a abrir casi con cada nuevo templo una escuela para niños de toda condición y basada en los mejores criterios pedagógicos de la época, así como diferentes instituciones benéficas.

Todo cambiará dramáticamente con la guerra civil y el triunfo del nacional-catolicismo en 1939. Algunos pastores y fieles evangélicos son fusilados, muchos encarcelados, separados de sus trabajos, la mayoría de los templos cerrados y las prohibiciones todas: reunión, presencia pública, testimonio, ...

Para quienes se declaran protestantes, casarse *por lo civil* y, en general, cualquier iniciativa social, se convertirá en un suplicio. Se multiplican los inconvenientes y las represalias. Incluso serán rechazados en los cementerios y obligados a enterrar sus restos lejos de los *campesantos*. Como no podía ser de otro modo, la Ley de Principios del Movimiento Nacional declara que: «La nación española considera como timbre de honor el acatamiento de la ley de Dios, según la doctrina de la Santa Iglesia católica, apostólica y romana, única verdadera y fe inseparable de la conciencia nacional, que inspirará su legislación.»

El peso de la intolerancia se suavizará progresivamente con una cierta cobertura legal, además, a partir de la ley de libertad religiosa de 1967. La Constitución de 1978 y los Acuerdos a punto de ser ratificados este mismo año de 1992 entre Estado e Iglesias Evangélicas parece que pondrán fin de forma definitiva a las tristes experiencias pasadas.

La situación de los evangélicos españoles es hoy bien diferente a etapas pretéritas. Los sufrimientos por su fe disidente quedan a años luz de la realidad presente. Siguo siendo desconocido, sin embargo, el mundo cristiano evangélico de nuestro país. Algunos nobles esfuerzos no han terminado de arraigar y en la actualidad restan por cubrir amplias lagunas de comprensión y respeto.

PRESENTE Y FUTURO (¡por fin la carta!)

Después de décadas de obligado silencio (¡qué significativa la presencia de una pareja de la guardia civil a la puerta de muchos templos evangélicos, cuando pudieran reabrirse!) quedan las inevitables secuelas de desconocimiento y prejuicios. Qué difícil explicar quiénes somos, de dónde venimos, qué queremos, cuando hay que hacerlo comenzando desde la prehistoria de las cosas. Es necesaria tanta explicación, tanta matización, tanto aclarar, tanto distinguir, ... que resulta a menudo agotador.

Las Iglesias evangélicas españolas deben abordar en la actualidad dos grandes cuestiones. La primera, inevitable, desprenderse del complejo de *ghetto* que nos persigue desde siempre. La segunda, mucho menos deseada pero igualmente inevitable, defender nuestra dignidad. Como en otros momentos de la historia de nuestro país, parece que estamos de nuevo obligados a demostrar que no somos culpables. En nuestros días, el *no somos* tiene que ver con la acusación de sectarismo.

Comencemos por este segundo asunto. Es un hecho que los evangélicos en América Latina crecen y arraigan a velocidad de vértigo. Allí ha nacido la identificación de los evangélicos como sectas peligrosas. El adjetivo ha terminado por alcanzar también a los evangélicos españoles. Analizar el fenómeno del crecimiento protestante en América es una tarea compleja que rebasa nuestros conocimientos y el espacio de estas páginas. De todos modos, pretender que tras cada evangélico americano está la CIA imperial y tras cada conversión se halla un estómago satisfecho es lisa y llanamente inaceptable. Los evangélicos españoles no somos sectas, en ese tono peyorativo que hoy posee el término. No lo son los evangélicos latinoamericanos. Desde luego ni todos somos aquí angélicos, ni lo son todos allí. ¿Acaso alguien guarda el secreto que concite en sí la suma de todos los bienes sin mezcla de mal alguno? La descalificación del todo por la parte, como ocurre en este caso, no hace justicia en absoluto a la realidad del fenómeno citado.

Por nuestra parte, como evangélicos españoles, debemos terminar con rapidez el proceso organizativo que ante la Administración y la sociedad en general nos permita expresarnos con voces representativas que puedan ofrecer una palabra clara en defensa de nuestra identidad. Es urgente, además, que podamos añadir un testimonio no equívoco. El *no nos comprenden* oculta a veces un victimismo fácil que no debe disculpar nuestros propios errores.

Con todo, nuestro gran reto sigue siendo vencer el complejo de aislamiento. Hemos estado aislados y silenciados a la fuerza por generaciones. Pero ya no es así. La sociedad española se ha hecho en lo religioso menos agresiva aunque no sea precisamente por tolerante sino sólo por indiferente. Las leyes amparan nuestra personalidad. En ciertos sectores del catolicismo la mano tendida no esconde ninguna trampa mortal. Los fieles de nuestras Iglesias poseen un nivel cultural sólido. Nada justifica ya una actitud defensiva ni recelosa por nuestra parte. Es tiempo de salir a la plaza y añadirnos a la corriente vital del día a día.

Por lo demás, nuestras carencias sociológicas son las propias de todo grupo minoritario. Sumadas todas podrían resumirse en una sola: falta de diálogo. Sería absurdo liberarse de la carga de la represión para caer víctimas de los delirios de grandeza. Si queremos alcanzar cierta presencia social relevante deberemos hajar de nuestras pequeñas torres y dialogar sin esa altivez necia, propia de algunos supervivientes de los holocaustos. En algunas áreas el diálogo se hace especialmente urgente.

1) **Racionalidad.** El protestantismo español es en su gran mayoría de raíz pietista. La imagen y el carácter de las Iglesias reformadas de centroeuropa no se ajusta ni a nuestra historia ni a nuestra idiosincrasia. El pietismo sigue siendo nuestra aportación más valiosa al cristianismo español. Los énfasis en una relación personal con Dios, la autenticidad de una fe con un interlocutor real y cercano, deben continuar estando en el centro de la experiencia de cada creyente. Pero el pietismo a menudo polariza la tensión fe - razón de modo que termina despreciando ésta última. Aquí sí somos luteranos en sentido estricto. Pero ya hace tiempo que blasonar de no leer más libro que la Biblia debiera producir sonrojo. Con semejante actitud no es posible dar forma a la fe ni compartirla con otros; no es posible dialogar con un mundo heredero de la Ilustración. Cuando nuestros jóvenes son en su mayoría universitarios, la fe del carbonero ya no puede dar soporte a la experiencia vital de los creyentes ni animar a quienes no lo son a participar de ella. Necesitamos un diálogo en profundidad con el complejo universo de la razón para formar cristianos evangélicos espiritualmente inteligentes e inteligentemente espirituales.

2) **Cultura.** La corriente que nos vincula a Lutero o Agustín de Hipona parece terminar, sin embargo, en Platón. Paradójicamente, huyendo de la racionalidad de la fe caemos en brazos de la pagana dualidad alma - cuerpo. Así que, platónicamente, hemos identificado *soma* y *sarx* echando por la borda de nuestro aprecio todo lo que tenga que ver con la pecaminosa carne/cuerpo. Como consecuencia, en más ocasiones de las deseables nos hemos distanciado de la vida política en todos sus sentidos, vuelto la espalda al arte en cualquiera de sus expresiones, rehusado el compromiso con el oprimido más allá de la limosna y el asistencialismo, rechazado todos los lenguajes de nuestra generación. Mal lo tenemos, por tanto, para alcanzar un nivel de comunicación con ella que nos permita dar una nota no exótica o pintoresca sino positiva y relevante. Es preciso dialogar y usar como puente sobre todo a nuestros jóvenes, los más cercanos a la cultura actual.

3) **Otras Iglesias cristianas.** El diálogo interconfesional siempre ha sido visto con enormes reticencias por el grueso de las Iglesias evangélicas españolas. Del catolicismo no guardan precisamente buenos recuerdos. El pasado, tal como veíamos más arriba, no invita al regocijo. Los calificativos que últimamente nos dedican sectores oficiales de la Iglesia católica ayudan bien poco. Otro motivo de malestar: ¿de qué protestantes hablan en medios de comunicación o incluso en las aulas quienes no conocen a un sólo evangélico español ni han presenciado un acto de culto en cualquier Iglesia evangélica del país?

Con todo, también en el plano interconfesional necesitamos mantener un espíritu de diálogo. Aunque sea para discrepar. De otro modo, será difícil evitar el espíritu dogmático y exclusivista propio, ahora sí, de los movimientos sectarios. Tan injusto sería que cargaran sobre todos nosotros vergüenzas de unos pocos, como que descalificáramos nosotros a todos los fieles de otras confesiones cristianas, sin el menor matiz. Personalmente, nunca me ha ocupado el ecumenismo formal más allá de las relaciones de buena vecindad con cristianos de otras confesiones; pero sí creo fervientemente en la comunión *corazón a corazón* con todos los cristianos, universo que, por supuesto, no se agota en el seno del protestantismo.

POST - DATA

Es hora de volverse de nuevo al tendido. A quienes se hayan sentido heridos o agredidos como católicos, la declaración de que nunca fue ni será tal mi intención. A los evangélicos que se consideren poco o nada representados por mis palabras, y que hubieran gustado de más agresividad o, al contrario, de mayor cortesía protestante con *denominación de origen*, mis disculpas igualmente. No pretendo representar a nadie. Con no poca dificultad me represento a mí mismo. Por lo demás, ni mi carácter me permite mayor agresividad ni mi talante mayor prudencia. Sirva todo lo escrito para iniciar a unos en el conocimiento de una realidad cristiana en general desconocida y a otros en una actitud más aperturista y generosa.

Inevitablemente, *amen*.

Emmanuel Buch.
Pastor evangélico y licenciado en filosofía.
Del Instituto Emmanuel Mounier.